

El Sermón de la Constitución de 1853

Sermón Patrio pronunciado, el 9 de julio de 1853, en la Iglesia Matriz de Catamarca, con motivo de la jura de la Constitución Nacional

El universo y especialmente el que forman las naciones, revela a Dios

El carácter prominente del universo es revelar su Autor y sus perfecciones. A la primera ojeada se siente la presencia de Dios, cuyos inefables atributos vienen revelándose con más claridad a medida que subimos desde lo bajo hasta lo alto de la escala de los seres, hasta esa sustancia que con el pensamiento y la libertad resume admirablemente el Universo entero, sus fenómenos y sus leyes. Pero el reflejo divino se presenta con una solemnidad que sorprende, cuando consideramos la sociedad, la grande y sublime humanidad, que arrancando su existencia de abismos impenetrables, henchiendo continentes e islas y depositaria de la vida, de las tradiciones y de las ciencias, camina con todos los siglos a ese provenir tan fecundo en misterios y en esperanzas.

Aunque unas naciones aparezcan y se destruyan. Éstas se conserven, otras rejuvenezcan, aquéllas bambaleen y todas se mezclen, se separen, se choquen, se dominen, crúcense de un polo a otro polo, unas se lancen como la noche, como la tempestad, otras como la aurora, como la fecunda lluvia, la luz ilumine las tinieblas ahoguen la luz; sin embargo, el conjunto es admirable; siéntese una mano que contiene el principio y el fin, que encierra el uno y el otro abismo; por un modo admirable, lucen en ella la inmensidad de dios, su providencia, su justicia, su Soberanía infinita.

Dios se mece sobre los hombres, como el sol centellea sobre los planetas. Por esto es sublime la sociedad. Por eso es grande. Por eso se exalta, palpita nuestro corazón cuando sentimos la vida de las naciones. Por esto la Religión y la patria tienen idénticos intereses, nacen de un mismo principio, caminan cada una por vías particulares a un mismo fin, y la una y la otra con sus pies en la tierra y asidas de sus manos con eterno amor, campean sus cabezas en el horizonte de lo infinito.

Por su grandeza, los pueblos no pueden ser ateos

¿Veis un pueblo señores? Está encadenado a lo infinito: ha nacido y se conserva bajo esa condición; un individuo rompe a su placer ese lazo sublime, pero los pueblos no; los pueblos no son ateos, ni racionalistas, ni indiferentes; estos sistemas son abismos donde súbitamente desaparecieran entre el estrépito del hierro y de la conflagración; el individuo formula atrevidamente un pensamiento sobre las ruinas de la verdad que puede él devastar y se conservará, merced a la brevedad de su existencia y a lo diminuto de su ser; pero la vasta combinación de un pueblo se desorganizaría en el momento de suplantar un error a la verdad, un sistema a la tradición; en él todo es grande; verdades grandes, intereses grandes, actividad inmensa.

Hermana en el principio y fin divinos la Patria y la Religión, ésta felicita al pueblo argentino que se incorpora al cuadro de las naciones

Argentinos. Es por esto, que al encontraros en la solemne situación de un pueblo que se incorpora, que se pone de pie para entrar dignamente en el gran cuadro de las naciones, la

religión los felicita y como Ministro suyo os vengo a saludar en el día más grande y célebre con con el halago de las esperanzas.

Y le brinda sus verdades

Con sus felicitaciones, os traigo también sus verdades. Cuando cesáis de ser vaporosos y fugitivos, todo es grave y solemne; cuando entráis en un camino de verdad, todas las realidades deben concurrir y desaparecer utopías y vanas peroratas. Más feliz y mejor avisado que los que siempre os quieren hallar en 1810, me cabe la suerte de admiraros en el nueve de julio de mil ochocientos diez y seis y mil ochocientos cincuenta y tres. Yo no haré más que reflexionar sobre vosotros, los rayos de gloria y principalmente las verdades que arroja este día sublime y magnífico.

Invocación

Rey de los siglos. Tipo eterno y soberano de los pueblos. Antes que me prosterne a los hombres, me humillo ante Vos. Antes que bendiga vuestras obras e imágenes, bendigo y adoro vuestro ser infinito e inmutable. Os invoco sobre la Nación Argentina y sobre mi corazón y mi lengua para que sean fieles a vuestra verdad. Recibid mis votos y mis plegarias por medio de María santísima a quien saludamos. Ave María.

La sola independencia no es la vida de la Nación

Basta de palabras que no han salvado a la patria

He dicho señores, que mi propósito es fundar las glorias de mi Patria en los acontecimientos que se abrazan en el 9 de Julio y enunciar aquellas verdades que dicen relación al bien de ella; ni sería lo que debo ser como sacerdote y como patriota si sólo me ocupara en perorar sobre la justicia de la independencia, sobre el heroísmo de sus defensores en contemplar eternamente el sol de mayo, y lanzarme fascinado en ese idealismo poético. Basta de palabras que no han salvado a la Patria. Aplaudo, felicito, me postro ante los héroes de la independencia; cantaré vuestras glorias, tributo mi admiración a la nobleza de los argentinos; pero también señalaré sus llagas, apartando los ricos envoltorios que encubren vuestra degradación. Se trata, señores, de edificar la república Argentina, y la religión os envía el don de sus verdades.

La independencia anárquica, árbol del bien y del mal para la patria

Al considerar esta República de mi eterno amor hallo que su principio, su carácter, su gloria, su felicidad, sus desgracias, sus bienes y sus males, todo se cifra, todo se concreta y se explica en la palabra independencia! Llamo vuestra atención sobre este objeto, que yo así como lo acepto con el más ardiente entusiasmo, lo califico como el origen de nuestros males, acaso de nuestra ruina final.

La independencia de la antigua metrópoli, el sacudimiento de ese yugo que era por desgracia el cimiento del orden y el hierro de los tiranos, esa libertad, que ha resonado en los campos de batalla, y se ha medido sobre las reuniones populares, que ha sido hasta aquí el eterno y único emblema de nuestra vida social, es preciso reconocerla como el árbol del bien y del mal, como una aureola, pero como una aureola de fuego que ha secado, calcinado la cabeza que orlaba.

Por qué nosotros, que ahora, cuarenta años teníamos la bondad y sencillez de un niño, con el valor de un adulto, hemos sido por casi medio siglo la presa de todas las pasiones políticas, el tiranos que se señorearon de nosotros, provincial y nacionalmente.

Entrad con toda la luz de vuestra inteligencia en los laberintos de este emblema y no hallaréis más causa que la independencia.

Ella rompió, es verdad, el lazo, que nos unía al usurpador; pero también engendró la desunión entre nosotros, y esa sola ruptura con su triste consecuencia fue nuestro estado normal, la ensalzamos sobre la Patria misma, sobre todo Gobierno y buenas la cabeza el libro de la ley, y vienen todos trayendo el don de sus fuerzas, e inmolando una parte de sus libertades individuales, entonces existe una creación magnífica que rebosa vida, fuerza, gloria y prosperidad; entonces la vida se espacia hasta las profundidades de un lejano porvenir.

Tal es el valor de la acta de nuestros Padres reunidos en Tucumán y de su complemento, la Constitución hoy promulgada y jurada. Descansen ellos rodeados de gloria! Gracias eternas al amigo fiel de la Patria! Urquiza, ilustre ciudadano. Tu nación te debe la vida.

La vida, señores. Porque las Naciones no la tienen en la demarcación de un territorio, ni en un cierto número de individuos encerrados en ese espacio. Será todo esto los primeros elementos de que se forman; pero así como el filósofo antiguo no veía en su negro caos que contenía en horrible movimiento las moléculas eternas, nada del pasmoso universo, nada de ese gran libro que encierra todas las Ciencias.

Del mismo modo, señores, por más que tracéis una línea que naciendo en el cabo del continente americano, corra sobre las nieves de los Andes atraviése con el trópico y baje con las aguas del plata y del océano hasta las escarchas del polo; por más que señaláis los puntos poblados de este sueño querido; aunque recorráis el tiempo y me mostréis las historia de un pueblo, que gimiendo trescientos años bajo las cadenas del conquistador, en un día solemne las sacudió tan reciamente que se pulverizaron en más de mil leguas.

Aunque mentéis los nombres venerado de San Martín, de Belgrano; todavía, señores, si este pueblo no ha correspondido a sus principios, si no ha tenido leyes, si sus formas de gobierno son las de la revolución, si sus miembros eran arrebatados por el huracán del capricho y de la arbitrariedad, si ese tiempo y ese espacio solo brotan guerra, sangre, desolación; ¿en qué queréis que vea una nación mi alma afligida?

Dónde está su vida, si la muerte me encuentra por todas partes. Dónde ese suelo, si nuestro pie siempre se hunde. Dónde los gobiernos, que son la expresión social, si el derecho público sancionó la revolución.

Permitidme, señores, que a este propósito consigne una anécdota de ese pueblo: en una provincia sucedió uno de los tantos trastornos, que hacían las pasiones y consultado el encargado de negocios nacionales sobre el particular, respondió: que se considere justa y legítima la revolución, siempre que la mayoría consintiera en ella.

¡Qué penuria! ¡Qué desolación! Y los pueblos aplicaban sus labios ardientes a beber esos principios. Y ese, era el remedio a nuestros males ¡Ah! Mi memoria me recuerda una ciudad sombría, sobre cuyas ruinas emitía un profeta sus trenos lúgubres.

Pero llega la Constitución suspirada tantos años de los hombres buenos; se encarna ese soplo sagrado en el cuerpo exánime de la República Argentina! Nuestro pasado reflecta ya sobre nosotros todas sus glorias; y lo presente abre en el porvenir un camino anchuroso de prosperidad. A mis ojos se levanta la patria radiante de gloria y majestad.

Sin embargo, el inmenso don de la constitución, hecho a nosotros, no sería más que el guante tirado a la arena, si no hay en lo sucesivo inmovilidad y sumisión; inmovilidad por parte de ella, y sumisión por parte de nosotros.

Estabilidad necesaria de la ley

A la palabra inmovilidad, que tampoco tomo en un sentido absoluto, muchos de vosotros tal vez os alarmáis; tan vaporosa, tan libre imagináis la república, que la quisierais siempre desfilando, que fuera siempre una aurora boreal, varia, inconstante, fugitiva; pero reflexionad, señores, que no hay variedad sin inmovilidad, como no hay fenómeno sin sustancia. Acaso la tierra se engalanaría de las bellezas de la primavera, de la vegetación del verano; surcarían su faz majestuosos ríos y se ostentará tan grande en sus mares, continentes e islas, si toda esa magnificencia no basara sobre el inmóvil granito.

Seréis vosotros mismos capaces de progresar, habría en vosotros el placer de la variedad, y os pertenecería toda la riqueza de vuestro ser, sino hubiera algo estable y permanente que reúna en torno suyo el universo entero y lo explote.

La vida y conservación del pueblo argentino depende de que su constitución sea fija; que no ceda al empuje de los hombres; que sea una ancla pesadísima a que esté asida esta nave, que ha tropezado en todos los escollos, que se ha estrellado en todas las costas, y que todos los vientos y todas las corrientes la han lanzado.

Renunciamos con justicia a nuestra primera metrópoli; descabezamos después la República y todos los pueblos se precipitan a apoderarse de la presa; conquistamos la Soberanía Nacional, después de la Soberanía Provincial y si no es la debilidad de nuestras campañas, habríanse erigido en nuestro suelo desierto cien estados soberanos. Destruimos la monarquía, fuimos republicanos, ora unitarios, ora federales, reacción, anarquía, gobierno de un año, de dos años, triunviratos, dictaduras, oligarquías... ¡Válgame Dios! Astro apagado, que sale de su órbita y de hielo, como cae en los incendios voraces de una estrella. Como los pueblos, hemos ido los individuos reclamando soberanía para nuestro yo, y ved aquí que cada uno se hace enemigo de todos. Sobre estas quimeras con melena de león y fuerza de un insecto se precipita una fiera y nos recoge a todos bajo sus garras...

El progreso no obsta a esta estabilidad

Ahora bien, señores, esto es nuestra historia; ¿de dónde nace? Acaso falta en nosotros algún elemento de orden y de vida social? Los individuos que integramos la República, o el suelo donde vivimos, tienen algún obstáculo para elevarse a nación compacta y subsistente? Faltan ideas, principios, fuerza. Nada falta, señores, sobra y sus mismos choques y lo espantoso de sus trastornos lo demuestran. Cómo nos agitaríamos horriblemente si no hubiera vida y pujante energía. Cómo hubiera sido tan ardoroso el voto por la Constitución si no hubiese honor y principios.

Luego, para explotar todo esto socialmente, no necesitamos ninguna importación, sino contener y ordenar las fuerzas, trazar alrededor de los pueblos como de los individuos una línea insalvable; si la ley cede un punto a nuestros embates, si no es un baluarte innoble, la sociedad pierde terreno, el interés individual adelante y ya sabéis que ensanchándose hasta cierto grado, entramos en nuestra primera liza, ya es nuestro campo de anarquía y de sangre.

Me diréis: nosotros queremos progreso, libertad, porvenir y lo inmóvil es inerte, lo inmóvil no

vive. Pero, señores, los principios no progresan y la ley en el orden social es como el axioma en el orden científico; la ley es el resorte del progreso y los medios no deben confundirse con los fines. Libertad. La buscáis para los vicios, para la anarquía. Maldigo esa libertad.

Tampoco la soberanía del pueblo

Somos soberanos, me replicaréis; esa ley no es más que el capital de una compañía; nosotros socios disolvemos a placer nuestro los convenios, los pactos, fijaremos otra base. Hubo en el siglo pasado la ocurrencia de constituir radical y exclusivamente la soberanía en el pueblo; lo proclamaron, lo dijeron a gritos, el pueblo lo entendió; venid, se dijo entonces, recuperemos nuestros derechos usurpados.

Con qué autoridad mandan los gobiernos a sus soberanos. Y destruyeron toda autoridad. Subieron los verdugos al gobierno; vino el pueblo, y los llevó al cadalso! Y el trono de la ley fue al patíbulo... la Francia se empapó de sangre: cayó palpitante, moribunda... Fanáticos.

He ahí el resultado de vuestras teorías. Yo no niego que el derecho público de la sociedad moderna fija en el pueblo la soberanía; pero la religión me enseña que es la soberanía de intereses, no la soberanía de autoridad; por este o por aquel otro modo toda autoridad viene de Dios: Omnis potestas á Deo ordinata est; y si no es dios la razón de nuestros deberes no existen ningunos.

No rechazo modificaciones en las leyes por sus órganos competentes; los tiempos, las circunstancias, el interés común tal vez lo reclaman; pero si es para ensanchar la órbita de nuestra libertad, por contemporizar intereses particulares cualesquiera, fácil es prever la eterna dominación de dos monstruos e nuestro suelo: anarquía y despotismo.

No rechazo modificaciones en las leyes por sus órganos competentes; los tiempos, las circunstancias, el interés común tal vez lo reclaman; pero si es para ensanchar la órbita de nuestra libertad, por contemporizar intereses particulares cualesquiera, fácil es prever la eterna dominación de dos monstruos en nuestro suelo: anarquía y despotismo.

Pronta sumisión necesaria a la ley

Aún más necesaria es a la vida de la República la sumisión a la ley, una sumisión pronta y universal, sumisión que abrace desde este momento nuestra vida.

Sumisión pronta. La acción de la carta Constitucional es vastísima y se halla en posición casi a toda la actualidad de la república; es una savia que tiene que penetrar enmarañadas y multiplicadas fibras, que necesita mucho tiempo para vivificar totalmente el sistema; ella es una inmensa máquina, cuyos últimos resultados presuponen innumerables combinaciones; y grandes y pesada como es, y compuesta en vez de ruedas, de voluntades, necesita cooperación universal, simultánea y armónica; un momento después de su promulgación importa su ruina, como un momento que no viva el hombre, el instante siguiente es resurrección, milagro.

Este día me parece semejante al día memorable de los israelitas, cuando después de setenta años de cautividad, saludaban por primera vez su patria desierta, cubierta de ruinas, y rodeada de enemigos; postrados, bañaron de lágrimas su querido suelo, y levantándose se apresuraron a edificar sus hogares, alzar el templo defender con altas murallas el sagrado recinto de la ciudad; el sol nacía y se ponía sobre patriotas que con una mano trabajaban, y con la otra se defendían de sus enemigos.

¡República Argentina! ¡Noble Patria! ¡Cuarenta y tres años has gemido en el destierro! ¡Medio siglo te ha dominado tu eterno enemigo en sus dos facas de anarquía y despotismo! Qué de ruinas, qué de escombros nuestros sudores, y nuestras manos no descansarán, hasta que te

veamos en posesión de tus derechos, rebosando orden, vida y prosperidad! Regaremos, cultivaremos el árbol sagrado, hasta su entero desarrollo; y entonces, sentados a su sombra, comeremos sus frutos. Los hombres, las cosas, el tiempo, todo es de la Patria.

Universal sumisión necesaria a la ley

Sumisión universal, que abrace todos los puntos de la ley sin exceptuar ninguno. No hay un hombre, que no tenga que hacer el sacrificio de algún interés; y si cada uno adopta la constitución eliminando el artículo que está en oposición a su fortuna, a su opinión, o a cualquiera otra interés, pensáis que quedaría uno sólo ¿Quedaría fuerza ninguna si cada uno retirara la suya? ¿Quedaría en la carta constitucional la idea de soberanía que supone si cada individuo, hombre, o pueblo fuese árbitro sobre un punto cualquiera que sea?

Ni la religión ni la conciencia obstan a esa sumisión universal

Y la religión? Me diréis ¿y la conciencia? Cómo entregaremos a lo temporal lo que es eterno. Cómo hemos de obedecer a los hombres primeramente que a dios Sosegaos, católicos.

Yo confieso, señores, que sería para nosotros, de indecible satisfacción, si la religión, tal cual es en la Confederación Argentina, hubiera sido considerada con los respetos que merece. Si sólo las doradas bóvedas del catolicismo cubrían nuestro horizonte y hacían el eco sonoro del culto; por qué se le nubla?

Por qué cuando resuena el canto de nuestros himnos, ha de resonar nuestras puertas al furibundo eco de la blasfemia? Por qué ha de presentarse al pueblo, que carece de discernimiento, como un problema nuestra augusta y eterna religión? Cómo, señores, se entregan nuestras masas a todo viento de doctrina? Por qué la generación presente no ha de tener exclusivamente el derecho de iniciar a la que viene, en sus principios en sus creencias, en sus dogmas; enseñanza sublime que liga a lo pasado con lo venidero y que concreta en un punto todos los siglos?

¡Ah! Yo junté mi corazón con el vuestro para lanzar esos gemidos y con vosotros estrecho en mis brazos mi religión, la religión de mis padres. La religión de caridad, de mansedumbre, de castidad, de todas las virtudes, la religión que cortejan todos los siglos y las más evidentes demostraciones. Que nos buscó en nuestros desiertos y nos trajo a la civilización.

Y a nombre de esta religión sublime y eterna, os digo, católicos, obedeced, someteos, dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. El poder civil protegía la Religión, impedía la enseñanza del error, alejaba con su vibrante espada al incircunciso profanador... Niega ahora su decidida protección, deja al descubierto las avenidas del error, guarda su espada.

Dejadle, someteos *Omnis anima súbdita sit sublimo iribus potestatibus, non solum propter iram, sed etiam propter conscientiam*. Roma era pagana, era cruel, mataba a los cristianos sin más delito que ser discípulos de Jesús y, con todo eso, el Apóstol San Pablo decía ¡*Civis romanus sum ego* y los cristianos eran los soldados más valientes, más fieles al imperio.

Los cristianos obedecían, respetaban y defendían las leyes de esa patria; y su corazón eternamente ligado con Dios, era un perpetuo juramento de cumplir esos deberes. La religión quiere que obedezcáis, jamás ha explotado a favor suyo ni la rebelión ni la anarquía; cuando la arrojaban de la faz de la tierra, se entraba silenciosa en lóbregas cavernas, en las oscuras catacumbas; y allí era más sublime, que cuando los reyes la cubren con un manto de púrpura.



Peroración

Obedeced, señores, sin sumisión no hay ley; sin ley no hay patria, no hay verdadera libertad; existen solo pasiones, desorden, anarquía, disolución, guerra y males de que Dios libre eternamente a la República Argentina; y concediéndonos vivir en paz, y en orden sobre la tierra, nos dé a todos gozar en el Cielo de la bienaventuranza en el padre, en el hijo, y en el Espíritu Santo, por quien y para quien viven todas las cosas.

Amén.